

Batalla desigual.

Durante este tiempo habían pasado el Danubio los cruzados y entrado en Turquía; hicieron admirables proezas, tomaron infinitas ciudades y castillos, y ni uno solo de los que salieron á su encuentro pudo resistir á su valor y poderío; llegaron á Nicópolis, pusieronla sitio estrechándola rudamente, y descansando de un asalto contra otro asalto: hostigáronla tan bien, que como no había ninguna noticia de Bayaceto, el rey de Hungría decía ya á los caballeros franceses, á los condes de Nevers, de Eu, de La Marche, de Soissons, á los señores de Coucy y á los barones y nobles de Borgoña:

— Condés y caballeros, la estación ha sido buena, á Dios gracias, porque hemos hecho grandes

hazañas, hemos confundido en el polvo el poder de Turquía, cuya última muralla es esta ciudad; luego que haya caído en nuestro poder, porque no dudo la tomaremos, soy de opinión que no pasemos más adelante por este año; nos retiraremos, si bien os parece, á mi reino de Hungría, donde poseo fortalezas, ciudades y castillos sin cuento, que os prestarán seguro y cómodo alojamiento. Destinaremos el invierno para ordenar nuestros planes para el verano venidero; escribiremos al rey de Francia participándole el buen paso que llevan nuestras armas, y nos enviará para la próxima primavera tropas frescas y aguerridas: quizá luego que él sepa hasta dónde hemos llegado venga en persona, porque es joven de buen temple de alma y muy aficionado á las armas, como ya sabéis. Empero venga ó no, el verano próximo echaremos, con la ayuda de Dios, á los infieles del reino de Armansa, pasaremos el brazo de San Jorge (1) y entraremos en Siria á libertar los puertos de Jaffa y de Beruth y á conquistar á Jerusalén y la Tierra Santa. Si el soldán sale á nuestro encuentro, le juro que no ha de volverse sin haber probado nuestro poder en alguna bien ordenada batalla.

(1) Estrecho de los Dardanelos.

Tales proyectos eran muy gratos al valor y carácter de los caballeros franceses; todos los aplaudían con entusiasmo, y fuéronse pasando los días en aquel abandono de toda gente de guerra que tiene puesta su confianza en el esfuerzo y valimiento de sus jefes.

De muy distinto modo que ellos esperaban, debían, sin embargo, sucederse los acontecimientos.

Bayaceto, de quien no se había oído hablar, y cuya pretendida inercia motivó la ciega confianza de los caballeros, había pasado el estío en reunir su ejército: componíase éste de soldados reclutados en todo el país, y habíales prometido tales ventajas, que se le habían presentado al alistamiento hasta los hijos de los confines de la Persia.

Apenas se vió al frente de un numeroso ejército púsose en marcha, atravesó el estrecho de los Dardanelos por caminos encubiertos, se detuvo en Andrinópolis el tiempo necesario para rehacer sus falanjes, y llegó á pocas leguas de la ciudad que tenían sitiada los cristianos. Mandó entonces á Urmes-Bek, uno de sus más valientes y fieles capitanes, que reconociese el país y hablase, si posible fuere, con Dogan-Bek, gobernador de Nicópolis; pero á poco regresó, diciendo que un ejército innumerable de cristianos que ocupaba

todas las salidas, le había impedido comunicar con los sitiados. Bayaceto se sonrió con desprecio; y cuando hubo cerrado la noche mandó que le trajesen su caballo favorito, montó en él, y atravesando el campo enemigo, que estaba sumergido en el más profundo sueño, ligero y silencioso como el espíritu del aire, llegó á la cima de una colina que dominaba á Nicópolis, y desde allí con voz atronadora exclamó:

— Dogán-Bek.

Éste, á quien su buena suerte había conducido á la muralla, reconoció la voz que le llamaba y le respondió: preguntóle en seguida el soldán en lengua turca acerca del estado de la ciudad, víveres y municiones. Dogán, después de haber deseado al soldán larga vida y felicidad sin límites, le respondió:

— Gracias á Mahoma, las puertas y las murallas de la ciudad son fuertes y están bien defendidas: los soldados, como ves con tus sagrados ojos, vigilan de día, velan de noche y tienen bastantes víveres y suficientes municiones.

Bayaceto, enterado de lo que deseaba saber, bajó de la colina, porque el sire de Helly, que mandaba una patrulla, habiendo oído la voz que preguntaba, marchó al sitio de donde salía. De

repente vió pasar por delante de él una especie de fantasma á caballo, ligero como el viento, y que como él rozaba rápidamente la tierra. Persiguióle con su tropa; pero á pesar de ser uno de los caballeros mejor montados del ejército, no pudo alcanzar siquiera el polvo que el fugitivo levantaba.

Bayaceto anduvo así ocho leguas en una hora: al llegar en medio de su ejército dió un grito descompasado que despertó á los hombres é hizo relinchar los caballos; quería aprovechar lo que quedaba de noche para acercarse cuanto posible fuese al ejército cristiano.

Púsose inmediatamente en marcha, y cuando amaneció ordenó la batalla. Como hombre de mucha experiencia y que conocía el valor de los cruzados, destacó una vanguardia de ocho mil turcos; seguía á distancia de una legua todo el resto del ejército, al que dió la forma de una V, y colocándose en el centro mandó á sus dos alas que envolvese al enemigo cuando la retirada fingida de la vanguardia le arrastrase al espacio que aquella colocación de las tropas dejaba vacío. Este cuerpo y las dos alas formaban el total de unos 190,000 hombres.

Mientras que este ejército avanzaba, numeroso

como los granos de arena y devorador como el viento del desierto, los caballeros cristianos gastaban el tiempo en fiestas y en orgías: el campo se había convertido en una verdadera ciudad, en la que se participaba á la vez de todas las delicias de la vida.

Las tiendas de los caballeros eran de telas recamadas de oro; seguíanse las modas de Francia y se inventaban otras nuevas; y en tales términos se habían exagerado las puntas de sus zapatos, que el círculo que formaban impedía que el pie entrase en el estribo, y algunos tuvieron el capricho de sujetarse á la rodilla su extremidad con una cadena de oro.

Aquella disolución y aquel lujo admiraban á los pueblos extranjeros; y no podían comprender como unos señores que se habían cruzado por el honor de la religión, daban á los infieles un escándalo tan grande; cómo eran tan frívolos desarmados, tan valientes en el combate; y cómo podían los mismos hombres llevar á la vez vestidos tan ligeros y armaduras tan pesadas.

El 28 de Octubre, víspera de la fiesta del ángel San Miguel, se hallaba reunida toda la nobleza francesa en la tienda del conde de Nevers, que daba un espléndido banquete. Habíanse vaciado sendas

botellas de vino de Hungría y del Archipiélago, Messire Jacobo de Helly era el único que estaba triste y sombrío en aquella reunión, y se burlaban de su misantropía; hasta que al fin levantando su frente tostada del sol de Oriente, les dijo:

— Reíos y burlaos, señores; vosotros dormíais mientras que yo velaba, y no visteis ni oísteis nada de lo que yo vi y oí. Esta noche mientras que patrullaba por el campo vi un prodigio celeste, y oí una voz humana, y temo que el cielo y la tierra nos presagien alguna desgracia.

Los caballeros se echaron á reír, burlándose de Amurath Baraquin; algunos dijeron que un perro infiel como él no se atrevería á atacar á caballeros cristianos.

— Verdad es, respondió el sire de Helly, que el rey Basaac es un infiel; pero es también un príncipe sincero en su falsa creencia, y sigue con tanto cuidado las instrucciones de su falso profeta como nosotros seguimos con poco celo los mandamientos del verdadero Dios. De su valor no dudará el que le haya visto como yo en una batalla; vosotros le llamáis: estad tranquilos, vendrá si no ha venido ya.

— Messire de Helly, dijo el conde de Nevers levantándose y apoyándose en el hombro del mariscal Boucicaut, ya por amistad, ya por man-

tener su equilibrio: vos ya no sois joven, es una desgracia; no sois alegre, es un vicio; pero queréis entristecernos, es un crimen; sin embargo, sois un caballero valiente, de mucha experiencia; decidnos lo que habéis visto y oído: dadme parte, soy el jefe de la cruzada.

Volviéndose á los pajes que servían á la mesa y alargando su vaso, les dijo:

— Echadnos vino de Chipre, y que sea del mejor, por si bebemos por última vez.

Y levantando su copa, dijo:

— Señores, á la mayor gloria de Dios y á la salud del rey Carlos.

Todos se levantaron, vaciaron su vaso y volvieron á sentarse: solo de Helly se quedó de pie.

— Os escuchamos, añadió el conde de Nevers colocando los codos encima de la mesa y apoyando la barba entre sus puños cerrados.

— Señores, patrullaba anoche, según os dije, cuando oí en el cielo, y hacia el Oriente, unos gritos que nada tenían de humano. Volvíme y vi, como vió toda mi tropa, una gran estrella sitiada por otras cinco de menor tamaño: los gritos venían de aquel lado donde estaba empeñado tan extraño combate, y los conducía á nuestros oídos un viento maravilloso, que al parecer moría en los

límites del campo, como si mensajero de funestos presagios le hubiese encargado Dios que le llevara hasta el sitio en que nos hallábamos, y prevenidole que ninguna necesidad tenía de pasar adelante después de haber cumplido esta misión: ocultaban y volvían á ocultar aquella inmensa estrella sombras sin cuento, que tenían la forma de hombres armados, y que se apelotaban, hasta que al fin desapareció el cometa apagando al mismo tiempo dos de sus cinco enemigos: los tres restantes se colocaron en triángulo, y se les vió en esta forma simbólica hasta que el día empezó á amanecer. Marchábamos todavía preocupados con semejante prodigio y buscando en vano el modo de explicarle, cuando al pasar por un barranco abierto entre la montaña y las murallas oímos una voz; pero esta voz era de un hombre, salía de la colina, pasaba por encima de nuestras cabezas é iba á expirar en la ciudad. Otra voz le contestaba desde las murallas, y estuvieron hablando por algún tiempo, mientras que nosotros con los ojos fijos en la colina procurábamos indagar en medio de la obscuridad qué hombre era aquel que en nuestro campo hablaba una lengua extranjera. Al fin divisamos una sombra que se deslizaba como una nube por la colina: dirigímonos hacia ella, y un cuerpo real y

verdadero pasó muy cerca de nosotros. Mis soldados, al verle vestido de blanco, creyeron que era un fantasma cubierto con una mortaja; pero yo reconocí al caballero árabe embozado en su alcaicer y corrí en su persecución. Ya conocéis, señores, mi caballo llamado Tadmor, que es de esa raza árabe, que solo á los descendientes de Al-Boralk cede la primacía; pues sabed que en un abrir y cerrar de ojos el caballo del desconocido tomó tanta delantera á Tadmor, como Tadmor la tomara á los vuestros; y dijo por consiguiente que como Basaac es el único que posee semejantes caballos, era el mencionado caballero uno de sus generales á quien habría prestado aquel precioso animal, ó tal vez el ángel exterminador, el Ante-Cristo, el mismo Basaac.

El sire de Helly se sentó y guárdose por largo rato un profundo silencio, porque había hablado con tan verdadero acento, que entró la convicción en todos los corazones. Los caballeros más jóvenes conservaban aun la sonrisa en los labios; pero los más experimentados, tales como el condestable, el sire de Coucy, el mariscal de Boucicaut y messire Juan de Vienne, indicaban por la contracción de sus cejas, que opinaban como messire Jacobo de Helly, que alguna desgracia amenazaba al ejército.

En aquel momento se abrieron las cortinas de la tienda, y un ordenanza cubierto de sudor y de polvo gritó desde la puerta :

— Armaos al momento, señores, si no queréis ser sorprendidos, porque vienen marchando contra nosotros ocho ó diez mil turcos.

Y desapareció en seguida para comunicar la misma orden á los demás jefes del ejército.

Los caballeros se levantaron al oír tal nueva, y se miraban unos á otros con sorpresa, cuando el conde de Nevers, corriendo á la puerta de su tienda, gritó con voz atronadora :

— ¡ Á las armas, señores, á las armas, que viene el enemigo !

Y aquel grito resonó en todo el campamento.

Los pajes se apresuraron á ensillar los caballos, los caballeros llamaron á sus escuderos ; y como los más jóvenes no podían poner los pies en los estribos, á causa de las polainas, el conde de Nevers dió el ejemplo cortando con la espada la retorcida punta de las suyas.

En un momento aquellos hombres de terciopelo se encontraron cubiertos de hierro, montaron en sus caballos de batalla y formaron al lado de sus respectivos estandartes. Desplegóse y colocóse al frente la bandera de Nuestra Señora, y messire

Juan de Vienne, almirante de Francia, la recibió de las manos del conde de Nevers.

— Yo, Enrique de Eslen Lemhalle, mariscal del rey de Hungría, soy enviado cerca de vosotros por monseñor, quien os previene y manda que no déis la batalla antes de nuevo aviso, porque teme que el ejército enemigo sea más considerable de lo que á primera vista aparece. Haced, señores, lo que os digo, porque tal es la orden del rey y de su consejo.

Á estas palabras desapareció rápidamente por donde había venido.

El conde de Nevers preguntó entonces al señor de Coucy qué partido se debía tomar.

— Es preciso seguir los consejos del rey de Hungría, pues me parecen buenos.

El conde de Eu se acercó muy irritado al conde de Nevers, porque había pedido parecer á sire de Coucy antes que á él.

— Sí, eso es, monseñor, dijo : el rey de Hungría quiere recoger el honor y la gloria de la jornada ; nosotros teníamos la vanguardia de la jornada y nos la quita. Obedézcale quien quiera ; yo no le obedezco.

Y sacando de su flordelisada vaina la espada de condestable :

— ¡ Adelante mi bandera ! exclamó : en nombre

de Dios y de San Jorge, ¡adelante! Este es el grito de todo buen caballero.

El sire de Coucy dirigiéndose á messire Juan de Vienne, que tenía la bandera de Nuestra Señora:

— ¿Qué hacemos ahora? le preguntó, porque ya veis lo que pasa.

— ¿Qué hacemos? contestó el sire de La Tremouille, riéndose de aquella pregunta: los caballeros ancianos se quedarán detrás y permitirán que los jóvenes vayan delante.

— Messire de La Tremouille, respondió tranquilamente el señor de Coucy, pronto en el combate veremos quién va delante y quién se queda atrás; procurad tan solo que la cabeza de vuestro caballo siga la cola del mío. Pero no me dirijo á vos, hablo á messire Juan de Vienne, y otra vez le pregunto qué partido piensa tomar.

— Querido Enguerrand, donde falta la razón, conviene que reine la temeridad. Convengo en que debiéramos aguardar al rey de Hungría, ó cuando menos, á trescientos caballos nuestros que salieron esta mañana á forrajear; pero una vez que el conde de Eu quiere marchar contra el enemigo, es preciso seguirle y combatir lo mejor que podamos. Por otra parte, mirad, mirad, aun cuando quisiéramos retroceder ya no sería tiempo.

En efecto, á derecha é izquierda de los caballeros se levantaba una nube de polvo, en medio de la que se veía de cuando en cuando una armadura que brillaba como un relámpago. Eran las dos alas del ejército de Bayaceto, que habiendo pasado el punto que ocupaban los cristianos, se replegaban para estrecharlos.

Todos los que tenían alguna experiencia en las armas conocieron entonces que la jornada se había perdido; pero lejos de emprender la retirada, messire Juan de Vienne fué el primero que gritó ¡adelante! y sacó su caballo á galope. Repitiendo aquel grito siguieron todos la bandera de Nuestra Señora, y se vió el extraño espectáculo de setecientos caballeros que atacaban á ciento ochenta mil hombres.

— Llegaron á escape y con la lanza en ristre enfrente de la vanguardia turca, que retrocedió, descubriendo una fila de estacas puntiagudas y clavadas oblicuamente en la tierra, contra la cual dieron de pecho los caballos de los cristianos. Semejante atrincheramiento debiera haber sido destruido por la infantería, pero esta arma estaba toda á las órdenes del rey de Hungría: algunos caballeros se apearon, y á pesar de la lluvia de flechas que sobre ellos caía, empezaron á derribar

á cuchilladas aquella empalizada, abriendo en pocos momentos una brecha por la que pudieron pasar veinte hombres de frente.

Todo el ejército de los cruzados se precipitó por aquella abertura bastante larga para el ataque, y no reparando en si sería demasiado estrecha para la retirada. Cargaron la infantería turca, atravesáronla de parte á parte, y dando frente á retaguardia la cargaron otra vez y la destruyeron á los pies de los caballos. Oyeron entonces á su derecha é izquierda un gran ruido de clarines y timbales; eran las dos alas del ejército turco que se acercaba, mientras que el cuerpo de caballería, compuesto de ocho mil hombres, y que según hemos dicho formaba la vanguardia, marchaba de frente contra ellos.

Cuando vieron aquella tropa escogida y cubierta de oro, creyeron los cristianos que el emperador marchaba entre sus filas; y formándose otra vez en batalla se precipitaron sobre ella con el mismo arrojo con que atacaron á la infantería. Aquella tropa resistió tan poco como la primera á la impetuosidad francesa, y á pesar de la superioridad del número, se dispersó huyendo en todas direcciones, como un rebaño de ovejas en medio del cual se hubiese introducido una manada de lobos.

Perseguidos por los franceses, fueron á estrellarse contra el verdadero fuerte de batalla de Bayaceto, y allí empezó la resistencia, porque allí estaba el emperador; sin embargo, protegidos por sus excelentes armaduras, entraron los caballeros en aquellas espesas masas como una hacha de hierro en un tronco de encina, pero como una hacha se encontraron apretados entre las alas. Entonces conocieron la falta que habían cometido con no aguardar al rey de Hungría y á sus sesenta mil hombres, porque apenas el ejército cristiano formaba un punto en medio de aquella multitud de infieles, que al parecer con solo estrechar sus distancias podían acabar con aquel puñado de temerarios.

El condestable, que había cometido la falta, la hubiera enmendado entonces, si para ello hubiese sido suficiente el valor: rodeado de enemigos hacia frente á todos; había roto su lanza y su espada de condestable, y desatando del arzón de su silla una de aquellas espadas de á dos manos, que en el día nos parecen armas fraguadas para una raza de gigantes, la blandió con impetuosidad y derribó cuanto con su terrible hoja tocó.

El mariscal de Boucicaut se precipitó á su vez donde más enemigos había, y allí se abrió camino

como un segador en el campo, importándole poco si se cerraban detrás de él, avanzando siempre y degollando á diestro y siniestro.

El sire de Coucy cargó á un cuerpo de infieles armados de porras, cuyos golpes caían sobre él como los del leñador sobre una encina; pero su armadura los paraba, mientras que, devolviendo él golpe por golpe, abría espantosas heridas en cambio de las contusiones que recibía.

Los dos sires de La Tremouille marchaban el uno al lado del otro, parando el hijo los golpes que dirigían á su padre, y sintiendo el padre únicamente los que dirigían á su hijo. Matáronle á éste el caballo, y el otro le cubrió con su broquel mientras que se desembarazaba de sus estribos; y dando vueltas á su alrededor, como la leona abrededor de sus cachorros, derribaba todos los brazos que para apoderarse de él avanzaban, mientras que el hijo, puesto ya de pie, hería los caballos con la punta de su espada y derribaba con ellos á los caballeros, á quienes mataba su padre antes de que tuviesen tiempo de levantarse.

Messire Jacobo de Helly atravesó todo el campo de batalla por un camino de sangre y se encontró al otro lado de las alas, donde hubiera podido confiar su vida al ligero Tadmor, huir é interponer

el Danubio entre él y sus enemigos; pero cuando levantó la cabeza y vió en medio de los infieles á sus diezmados compañeros, marchó otra vez al combate é hizo tan maravilloso uso de su espada, que á los pocos minutos se encontró cerca del conde de Nevers, á quien acababan de matar el caballo, y que, en medio de una muralla de enemigos muertos, llenaba con heroísmo el deber que su empleo de jefe del ejército le imponía.

El conde divisó á su lado al caballero, y en vez de pedirle auxilio, le dijo:

— Messire de Helly, ¿qué ha sido de la bandera de Francia? Espero que aun existe.

— Sí, existe y vais á verla desplegada, respondió Jacobo.

Apeóse de Tadmor y le presentó al conde. Éste se negaba á admitirle, pero el sire Helly le dijo:

— Monseñor, sois nuestro jefe: si vos morís, se pierde el ejército; y en nombre del ejército os suplico que montéis en mi caballo.

El conde cedió, y en efecto, no bien se había afirmado en los estribos, cuando divisó á messire Juan de Vienne que hacía aquel día cuanto de un hombre se puede esperar. El conde de Nevers y sire Helly acudieron en su auxilio, y le encontraron defendiéndose de diez infieles con una espada rota y

desangrándose por varias heridas mortales. Era la quinta vez que mudaba de caballo : cinco veces se le había tenido por muerto al ver desaparecer la bandera, y cinco veces había vuelto á montar con la ayuda de los caballeros que le rodeaban, y cada una de ellas fué saludada con gritos de alegría la bandera de alianza, tan pronto derribada como levantada.

— Monseñor, dijo al ver el conde de Nevers, llegó nuestra última hora ; es indispensable que muramos, pero más vale morir mártir que vivir infiel : Dios os salve, y adelante San Juan y Nuestra Señora !

Y á estas palabras se precipitó de nuevo en medio de los turcos, donde cayó por sexta vez para no volver á levantarse.

De este modo se perdió la batalla, y de este modo murieron los caballeros franceses. En cuanto á los húngaros que habían emprendido la fuga sin combatir, no por eso los salvó su cobardía : los turcos, mejor montados que ellos, los persiguieron y los pasaron á cuchillo. De sesenta mil hombres que mandaba el rey, solo él se salvó con otros seis, y tuvo la suerte de alcanzar con Filiberto de Naillac, gran maestro de Rodas, la escuadra veneciana, mandada por Tomás Monaigo, que los recibió á

bordo, y llevó á Filiberto á Rodas y á Segismundo á Dalmacia.

La batalla duró tres horas. Tres horas necesitaron ciento ochenta mil hombres para rendir á setecientos. Cuando hubo terminado recorrió Bayaceto el campo de los cristianos, y eligiendo para él la tienda del rey de Hungría, donde estaba todavía encima de la mesa la vagilla de oro y de plata en que se le había servido la comida, abandonó las otras á sus jefes y á su tropa. Hizose desarmar para descansar, porque había peleado como el último de sus soldados : sentóse con las piernas cruzadas delante de la puerta en una alfombra, y mandó llamar á sus generales y amigos para hablar de la victoria que acababa de alcanzar. Inmediatamente obedecieron esta orden ; y como estaba contento rió y bromeó mucho con ellos, diciendo que muy en breve iban á conquistar la Hungría y en seguida todos los demás reinos y países cristianos, porque según decía, quería reinar como su antepasado Alejandro de Macedonia, que fué señor del mundo ; y todos los que le oían se inclinaban ante él aprobando sus dichos y felicitándole.

Poco después dió tres órdenes : la primera fué que todo aquel que hubiese cogido algún prisionero lo hiciese comparecer en su presencia al día

siguiente : la segunda, que se reconociesen y amontonasen á un lado todos los muertos, formando como una hecatombe con aquellos que pareciesen los más nobles ó poderosos, porque tenía proyectado ponerse á cenar delante de sus cadáveres : la tercera que se informasen cuidadosamente de si el rey de Hungría se había salvado ó estaba muerto ó prisionero.

Luego que Bayaceto hubo descansado y dado aquellas órdenes, montó un caballo de refresco, porque le habían dicho que el encuentro había sido fatal para su gente y quería recorrer el campo de batalla : además, no podía acabar de creer la mortandad tan ponderada que había hecho aquel puñado de hombres. Acercóse al sitio del combate y parecióle que aun le habían escaseado la verdad, porque para cada cristiano que mordía el polvo, yacían á su lado treinta infieles muertos. Irritóle sobremanera la vista de aquel campo mortuorio, y dijo en alta voz :

— Ruda y aciaga ha sido esta batalla para los míos ; los cristianos se han defendido como leones, pero juro que los vivos han de pagar por los muertos. Vamos, adelante.

Y pasó más adelante ; y cuanto más anduvo más se maravilló de las hazañas de sus enemigos.

Llegó al sitio en que messire de La Tremouille y su hijo cayeron uno sobre otro, y apenas pudo distinguir sus cadáveres entre los de sus enemigos, que yacían hacinados sobre ellos. Siguió el camino que había recorrido Juan de Vienne, y los muertos estorbaban el paso á su caballo. En fin, se detuvo en el sitio en que aquel denodado caballero cayó á los golpes de sus enemigos, y le encontró yerto sobre la bandera de Nuestra Señora la cual tenía de tal modo cogida y apretada entre sus manos regias, qué fué preciso que se las cortaran con un hacha para lograr arrancársela.

Después de haber empleado dos horas en este reconocimiento, se retiró Bayaceto á su morada, donde pasó la noche en maldecir á aquellos hombres, cuya derrota le costaba tan cara como si hubiesen conseguido la victoria.

Por la mañana, cuando abrió las cortinas de su tienda halló ante sí á los principales jefes de su ejército, que venían á saber lo que disponía acerca de los prisioneros, porque según los rumores que corrían, todos ellos serían sentenciados á ser degollados, sin distinción ni piedad alguna. Sin embargo, Bayaceto había reflexionado detenidamente en el cuantioso rescate que podía conseguir por tantos nobles y caballeros : mandó venir á sus

intérpretes, y les preguntó cuáles eran los más ricos y poderosos de los que habían sobrevivido; contestáronle que seis de entre ellos habían declarado sus nombres, y eran de los más nobles de la flor de la caballería: primero, messire Juan de Borgoña, conde de Nevers, jefe de todos los demás; segundo, messire Felipe de Artois, conde de Eu; tercero, Enguerrand, señor de Coucy; cuarto, el conde de La Marche; quinto, messire Enrique de Bar, y sexto, messire Guy de La Tremouille. Bayaceto quiso verlos, y mandó que los trajesen á su presencia; hicieronles jurar entonces sobre su fe y palabra que dirían quiénes eran, y declararon que aquellos nombres eran en efecto los suyos. Después de esta respuesta hizo seña Bayaceto al conde de Nevers de que se acercara, y le dijo por su intérprete:

— Si eres con efecto el que pretendes ser, esto es, Juan de Borgoña, cuenta con que tienes la vida segura; más no creas que lo deberás á tu nombre ni á la cantidad que pueda alcanzar por tu rescate, sino á la predicción de un famoso nigromántico, que me ha asegurado que tú solo has de verter más sangre cristiana que todos los turcos juntos.

— Basaac, le contestó el conde de Nevers, ruégote que no me hagas gracia alguna, porque mi

deber es seguir la suerte de todos aquellos que yo he traído contra tí; si tú les concedes la vida por medio del rescate, trataré también de rescatar la mía; pero si han de morir; quiero morir con ellos.

— Lo que hubiere de suceder será según mi gusto, y no según el tuyo, repuso el emperador.

Y le hizo retirar adonde estaban sus compañeros, con los cuales le condujeron á la tienda que les servía de prisión.

En tanto que el emperador yacía sentado pensativo y cabiloso acerca del modo de averiguar fijamente si los caballeros eran en efecto aquellos cuyos nombres habían dicho, hicieron comparecer á su presencia á otro caballero que había servido en los ejércitos de su hermano Amurates, y que conocía medianamente el dialecto turco. Era el señor de Helly. Bayaceto recordó haberle visto en otro tiempo y le preguntó si conocería á los caballeros que estaban en la tienda de los prisioneros. El señor de Helly contestó que por poco que sobresaliesen en la caballería francesa, sabría decir al sultán quiénes eran. Hizole entonces Bayaceto conducir delante de ellos, después de haberlos prohibido expresamente conversar ni pronunciar una sola palabra, por medio de engaño ó ardid. El

señor de Helly no necesitó más que verlos para conocerlos. Regresó en seguida adonde estaba Bayaceto, el cual le preguntó cuáles eran los nombres de los que había visto, á lo que replicó el caballero, que los cautivos eran el conde de Nevers, messire Felipe de Artois, messire Enguerrand de Coucy, el conde de La Marche, messire Enrique de Bar y messire Guy de La Tremouille; es decir, lo más rico y poderoso de la nobleza de Francia, y que algunos de ellos eran parientes del mismo rey.

— Bien está, respondió el emperador, esos solos lograrán salvar la vida. Vengan todos ellos á colocarse á este lado de mi tienda, y conducidme los demás cautivos á este otro.

Al punto fué ejecutada la orden que acababa de dar Bayaceto, colocando los seis caballeros á la diestra del emperador. Á breve rato vieron éstos acercarse trescientos de sus compañeros, prisioneros como ellos, desnudos hasta la cintura; aquéllos estaban destinados á morir. Condujéronlos unos después de otros delante de Bayaceto, que los miraba con indolente curiosidad, y seguidamente hacía una seña para que se los llevasen. Á medida que iban desfilando por frente de él, los obligaban á pasar uno á uno por entre dos filas de soldados

infielos, que los aguardaban con cimitarra en mano y los hacían pedazos en un instante á la vista del conde de Nevers y de sus seis compañeros.

Acaeció entonces que entre aquellos hombres condenados á morir iba el mariscal de Boucicaut; presentáronle á su turno delante de Bayaceto, é iba á sufrir la misma muerte que los otros, cuando le apercibió Juan de Borgoña: al verle salió éste de entre sus compañeros, y encaminándose al emperador, hincó la rodilla en tierra y le suplicó que concediera la vida á aquel hombre, diciendo que era un aliado del rey de Francia é indicando por sus gestos y ademanes que podía pagarle un rescate de príncipe. Bayaceto bajó la cabeza en señal de condescendencia: Boucicaut y Juan de Borgoña se abrazaron mutuamente y el emperador hizo seña de que ya era tiempo que siguiese la matanza, la cual continuó con efecto durante tres horas.

Luego que sucumbió el último cristiano y que todos hubieron muerto sin prorrumpir más grito que estas palabras: Señor mío Jesucristo, tened piedad de nosotros, Bayaceto dijo que quería comunicar la noticia de su victoria al rey de Francia. Mandó venir á su presencia al conde de Nevers, al señor de Helly y á otros dos señores que

habían dejado con vida para este efecto, y preguntó al primero que á cuál de los otros tres caballeros escogía para que fuese á tratar de su rescate y del de sus compañeros: el conde de Nevers señaló al señor de Helly y en el mismo instante fueron privados de la vida los otros dos.

Juan de Borgoña y los cinco señores dieron cartas á messire Santiago de Helly: el conde de Nevers para el duque y la duquesa de Borgoña, el señor de Coucy para su mujer y los otros para sus parientes ó tesoreros. Terminado esto, trazó el mismo Bayaceto al mensajero el camino que debía seguir: le mandó pasar por Milán para que noticiase al duque aquella victoria, y le obligó á jurar bajo fe de caballero que volvería á ponerse entre sus manos tan luego como hubiese terminado su mensaje.

Messire Santiago de Helly se puso en camino aquella misma noche. Forzoso será que nos anticipemos á su llegada y echemos al paso una mirada sobre el estado en que se encontraban en Francia los diversos partidos desde que los perdimos de vista.

Nadie conocía la verdadera causa de la demencia del rey. Odetta había evitado siempre llamar la

atención pública: su influjo sobre el rey solo se había dejado sentir para hacer bien; y tuvo tanto cuidado en ocultar su vida á los ojos de todos, como otras favoritas han tenido en no dejar ignorar al mundo hasta sus menores acciones. Por lo mismo desapareció sin ruido, y nadie más que Carlos supo que el cielo de los reyes había perdido una de sus más brillantes estrellas.

En cuanto al duque de Orleans, aunque sus amores con la reina continuaban siempre, no era tanto el cariño que encerraba su corazón, que no dejase alguna cabida á la ambición; no era ya como cuando la primera demencia del rey. Bien fuese cálculo ó recuerdo, se había aprovechado del intervalo en que el rey había vuelto á recobrar el juicio para obtener de él que pusiera en libertad á Juan Lemercier y al señor de La Rivière; por otro lado, el señor de Montaigne había vuelto á ser empleado en el gobierno, merced á sus reiteradas instancias. El duque de Borbón, que le había cesado al lado suyo, encomiaba encarecidamente sus bellas cualidades y paliaba sus defectos: el duque de Berry que se había declarado por el partido de su sobrino, gracias á las cuantiosas sumas que éste le había adelantado, le prometió adhesión y apoyo si llegaba alguna vez la ocasión

de necesitar de él; y el consejo, cautivado por sus afables modales, encantado de su talento y alucinado por su elocuencia, le había dejado formarse un partido numeroso en su seno mismo, que empezaba ya á contrárrestar el poder del duque de Borgoña.

La enemistad entre los príncipes crecía de día en día y cada cual empleaba todo su valimiento y poderío para echar por tierra el que pudiera tener su adversario. Carlos, débil de cuerpo y de espíritu, tirado con fuerza por ambas puntas de su real manto, no tenía ya ni aun voluntad para interponer su autoridad y fijar un término á aquellas turbulencias: todo el mundo se temía discordias fatales, cuando de pronto empezó á cundir por Francia una triste nueva que absorbió la atención pública, llenando de amargura todos los corazones.

Los trescientos caballeros y escuderos, que como ya hemos dicho, habían salido á forrajear en el momento en que se empeñó el combate, habían atravesado el país á todo escape; cada cual se dispersó por su lado, y tomando el camino que le pareció más corto, fueron presentándose en Valaquia; pero allí empezó para ellos una nueva serie de desgracias y fatigas, á las cuales sucumbieron muchos.

Los Válicos sabían el resultado de la batalla: de modo que figurándose que no tenían ya que temer de unos infelices fugitivos, los dejaban entrar en las ciudades como para ofrecerles una hospitalidad franca y leal, y luego que los tenían dentro los quitaban las armas y caballos, contándose por muy dichosos los que salían de entre sus manos con algún dinero y pan para el camino; y aun esto lo hacían con los que sabían que eran grandes señores, porque el que dejaba conocer que era escudero ó mesnadero de mediana casa, podía tener por seguro que había de ser apaleado después de dejarle en cueros. Por consiguiente, tuvieron que pasar las mayores miserias para atravesar la Valaquia y la Hungría, mendigando un pedazo de pan y logrando á fuerza de súplicas un asilo en las caballerizas y cobertizos, sin más vestido para cubrir sus carnes que algunos andrajos que los más pobres habían partido con ellos. Así llegaron á Viena, donde algunas gentes caritativas los trataron con más humanidad y les dieron algunas prendas y dinero para proseguir el viaje. Entraron luego en Bohemia y encontraron también quien les diera algunos socorros, lo cual fué para ellos una gran dicha, porque si los Alemanes hubiesen sido tan inhumanos como los Válicos y los húngaros, se hubiesen

quedado los infelices en el camino muertos de hambre y de miseria. Encamináronse, por último, hacia Francia, contando sus desgracias por donde quiera que pasaban, de tal suerte, que algunos llegaron sanos y salvos hasta el mismo París.

Pero allí ninguno quiso creer lo que decían, porque eran de tal modo tan terribles sus relatos y tan tristes las cosas que contaban, que costaba gran pena figurarse siquiera que podrían ser ciertos; lejos de eso, algunas personas creían que aquellos hombres no eran más que unos miserables aventureros, que trataban de granjearse la compasión pública, y por calles y plazuelas se oía decir que era preciso que mandasen ahorcar ó echar al río á aquella gentuza que se entretenía en ir esparciendo semejantes enredos. Empero, á pesar de las tales amenazas, iban llegando todos los días nuevos fugitivos que añadían nuevos relatos á los de sus predecesores, de manera que á fuerza de pasar de boca en boca entre los del pueblo, acabaron por cundir entre los grandes. El mismo rey, á pesar de su enfermedad, llegó á tener noticias de ellos en su palacio de San Pablo, y esto acumuló nuevos nubarrones en aquel cielo ya sombrío. Dióse orden de que se acallasen aquellos rumores hasta tanto que hubiese noticias positivas, y dióse también para que

el primer caballero de alguna nombradía que llegase de la cruzada, se presentase al rey en el acto.

La noche misma de Navidad, mientras que la reina, el duque de Orleans, los de Borbón, Berry y Borgoña, el conde de San-Pol y una gran reunión de damas y caballeros rodeaban al rey en su propio palacio y celebraban con él la festividad de aquella noche, anunciaron un caballero que venía de Nicópolis y traía noticias exactas del conde de Nevers y del ejército.

Conducido al instante delante de aquella nobilísima reunión el caballero, que venía todo empolvado y calzado aun con botas y espuelas, entregó en manos del rey y del duque de Borgoña las cartas de que venía encargado y contó las cosas que llevamos dichas.

Era messire Santiago de Helly.